

Armas nucleares y lucha de clases

por Alberto Franceschi

Refiriéndose a la mentalidad reinante entre los funcionarios del estado, Marx decía que ellos gustaban rodear sus actividades con un velo de misterio y sofisticación con el que pretenden aparentar no sólo como gente importante sino también insustituible. Ese halo fetichista que denota su jerigonza de frases hechas y de códigos aparentemente indescifrables está diseñado ex-profeso para entenderse sólo entre ellos, y tomar distancia del resto de los mortales que deberían ser impactados de asombro y admiración por tener frente a sí a especialistas inaccesibles e inimitables. Nada más característico de la ideología burguesa con la que buscan perpetuar su estirpe desde el roñoso escribano hasta el alto jerarca de las finanzas públicas o los capos militares.

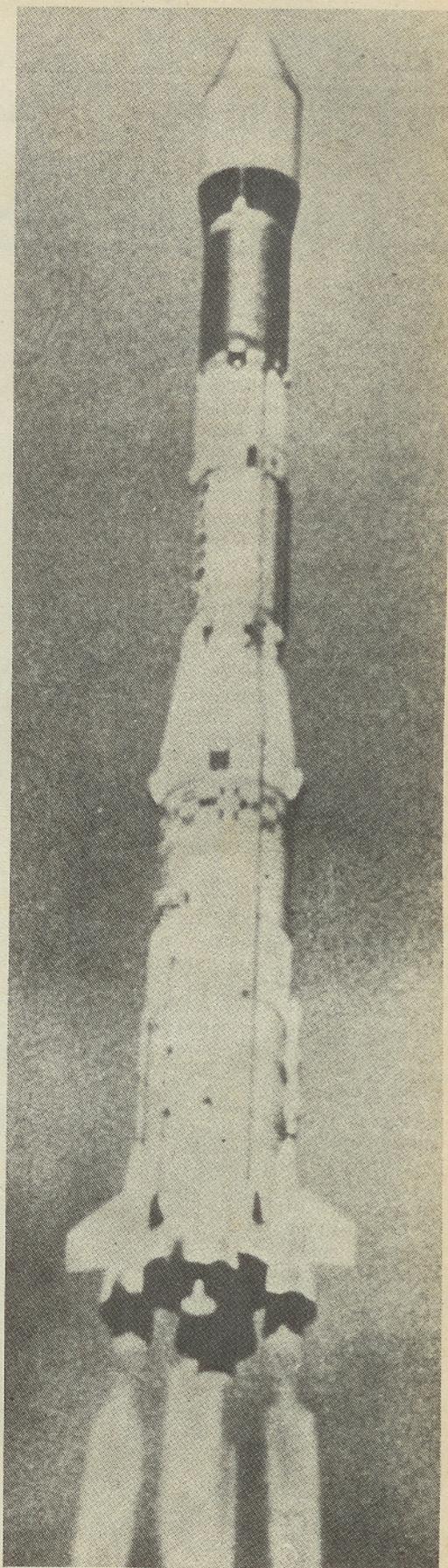
En la última etapa histórica, en la llamada era nuclear, ese lenguaje de élites gobernantes y amos del mundo propio de los altos mandos de las burguesías imperialistas y de la burocracia soviética ha alcanzado un grado de sofisticación tal que parecería aún más inaccesible.

Ante todo vale anotar que cuando se debate sobre armas nucleares y las opciones político-militares de las grandes potencias, no podemos ocultar que un escalofrío recorre nuestro cuerpo al percibir que de lo que se está hablando es de la posibilidad de borrar para siempre la especie humana de este planeta.

Estando en presencia de una enrevesada terminología con la que se designan armas de nombres algebraicos y exóticos, o siglas que denominan pactos y discusiones concertadas, que obligatoriamente debemos mezclar con la discusión política de fondo, no nos queda más remedio, al buscar comprender lo fundamental, que develar a la luz del marxismo lo que está detrás de esta abstrusa terminología que designa fuerzas políticas y sociales concretas actuando en el escenario de la lucha de clases a nivel mundial. Sólo así podríamos diseñar un programa político que sirva de guía para la acción revolucionaria en muchos de los países donde el tema del armamento nuclear y la eventualidad de una guerra de holocausto tensiona y agrega este tópico a la lucha de clases.

El movimiento "antinuclear" de la juventud y de sectores importantes de trabajadores en EE.UU., Europa y Japón comienza a articularse, aunque con importantes deformaciones, con la lucha de conjunto de los trabajadores que defienden sus conquistas de la ruina capitalista que amenaza reducirlos a una miseria que en los países imperialistas creyeron ver desterrada para siempre luego de la recuperación económica de la posguerra última.

¿Son progresivas las movilizaciones contra el armamento nuclear? ¿Participamos a fondo de ellas? ¿Cuáles deben ser nuestras consignas programáticas? ¿Cuáles nuestras propuestas para intervenir políticamente en las luchas inmediatas? ¿Cuál es nuestra posición como marxistas revolucionarios frente al armamentismo en general y frente al belicismo yanqui? ¿Estamos enfrentados o en coincidencia táctica con la política soviética en el punto de los armamentos estratégicos? ¿Frente al chantaje nuclear imperialista defendemos el armamento nuclear de la URSS? Estos y otros interrogantes queremos responder y tal es la finalidad de este artículo.



I. La posguerra

A inicios de la Segunda Guerra Mundial, al apreciar el presidente Roosevelt la inevitable entrada de la burguesía yanqui bajo su mando en los frentes europeos contra el avasallante imperialismo alemán, lanzó la consigna de convertir a EE.UU. y su poderosa industria en "el arsenal de la democracia". En cuestión de dos años, hacia 1943, ya toda la economía norteamericana estaba a plena capacidad produciendo como economía de guerra y supliendo todas sus necesidades, más la de Inglaterra y, luego, parte de las del frente ruso "aliado".

El final de la guerra dio a la economía yanqui la posibilidad de readequarse hacia la producción de mercancías para su cuota ampliada del mercado mundial obtenida detrás de las líneas de sus ejércitos victoriosos. Pero, simultáneamente, dejó bases intactas de su parque industrial orien-

tadas hacia la producción militar para sus fines contrarrevolucionarios, que fueron in crescendo rápidamente hasta tener sus "mejores momentos" durante la guerra de Corea (1950-52), con la guerra de Vietnam (1964-75), y ahora con el gran despliegue militarista de Reagan.

"La política es economía concentrada", decía Lenin. El boom económico capitalista de la posguerra fue sólo posible porque pudo ocupar reaccionariamente el lugar de una expansión aún mayor que hubiera resultado de la revolución proletaria triunfante en toda Europa. El boom capitalista es hijo legítimo de la revolución traicionada por el stalinismo que ligó sus fuerzas a la socialdemocracia (ésta ya contrarrevolucionaria desde 1914) y a los imperialismos europeos a quienes salvaron de su desastre histórico durante todo este período.

La Segunda Guerra Mundial

Nuestro punto de partida para el análisis sobre la economía armamentista yanqui y la competencia cada vez más exacerbada entre EE.UU. y la URSS con "armas nucleares estratégicas", nos refiere en primerísimo lugar a las causas históricas objetivas que la predeterminan.

En primer lugar, conviene precisar que, a diferencia de la primera guerra imperialista que en exclusiva alineó en los frentes de batalla a los ejércitos de los estados capitalistas, la segunda confrontación mundial combinó, sobre todo en el escenario europeo, un ajuste de cuentas de EE.UU. e Inglaterra contra el expansionista imperialismo alemán bajo la dirección nazi, y simultáneamente, una guerra de defensa nacional del estado obrero de la URSS.

Amenazada de perecer, la URSS debió, después de haber sido invadida y semidestruida, lanzarse en contraofensiva desde Stalingrado en 1943 contra el ejército de Hitler, para encontrarse con las líneas del ejército yanqui en territorio alemán, al que desmembrarían como botín de guerra en 1945.

La destrucción de la poderosa maquinaria bélica del III Reich alemán que con su aliado menor, la Italia fascista de Mussolini, llegó a controlar 4/5 de Europa, pulverizó todos los estados. La retirada del ejército nazi dejaba tras de sí un vacío de poder que iba siendo llenado por la administración militar anglo-yanqui y por el Ejército Rojo.

Postdam

Sobre las ruinas de la ciudad de Postdam en Alemania, los estados mayores del imperialismo y la burocracia dan los toques finales a los acuerdos que reordenarían el futuro de Europa y del mundo entero.

El plan consistía en reconstruir el occidente europeo bajo la égida del



Hitler, von Hindenburg y Göring en 1933.

Armamentismo

imperialismo. Para ello los PC deberían renunciar al poder que de hecho detentaban, sobre todo en Francia e Italia, con los poderosos movimientos de la resistencia (los partisanos y el maquis) y con el control absoluto del movimiento obrero en plena alza revolucionaria. Tal plan concebía también el predominio imperialista sobre Yugoslavia. Tito y su ejército de partisanos tenían una idea contraria.

Al este europeo serían constituidos gobiernos burgueses de unidad nacional para formar un *glacis*, es decir, un gran espacio geográfico de estados neutrales del tipo que aún sobrevive en Finlandia.

Tales gobiernos se constituyen en Yugoslavia, Polonia (se fusiona el gobierno burgués en el exilio de Londres con el comité de Lublin, controlado por Moscú); el burgués liberal Benes preside el checoslovaco, otros personajes parecidos comparten con el PC el poder en Hungría, etcétera.

Pero la presencia del Ejército Rojo en todos estos países plantea de hecho una dualidad de poder. Los gobiernos de colaboración de clases obedecen al plan contrarrevolucionario que busca preservar como burgueses a las economías y los estados del glacis, pero la presencia del ejército soviético representaba casi de hecho la extensión del régimen político y social de la URSS.

Si bien en los países de Europa occidental el plan contrarrevolucionario se cumple a cabalidad, dando plena cobertura los PC a los regímenes burgueses que se reconstruyen luego del desarme de la "resistencia", el imperialismo redobla su presión para obtener la completa reconstrucción burguesa de los países del este europeo a partir de los gobiernos nacidos del acuerdo político con la burocracia de Moscú. El problema radicaba en que los estados de Europa oriental fueron pulverizados por haber sido colaboracionistas nazis o por ser apenas un apéndice del aparato del estado nazi. Al final de la guerra existía una incompatibilidad entre la ocupación del ejército del estado obrero ruso con el régimen social y político burgués que quería preservarse. El Ejército Rojo y el movimiento de masas, en varios casos fuertemente armados, copaban la escena. Los gobiernos burgueses existirían mientras éstos los toleraran.

La guerra que no pudo ser

EE.UU. e Inglaterra, que quisieron haber seguido la guerra contra la URSS para hacer lo que no pudo Hitler, verían que el problema no era de índole militar aunque tuvieran la bomba nuclear que ya habían "ensayado con éxito".... en Hiroshima y Nagasaki. La colosal oleada revolucionaria que sacudía a Europa y al mundo entero les aconsejó no arriesgarse por la peligrosa pendiente de una guerra.

Las leyes de la lucha de clases, que por lo menos empíricamente conocen, les desaconsejaban tal pretensión. El estado mayor yanqui percibió toda la dimensión del disparate colosal que hubiera significado atacar

trucción capitalista de todas las economías del este europeo. La presión del imperialismo se incrementa cuando utiliza a su quinta columna burguesa en los países del glacis para definir en su favor la dualidad de poderes. EE.UU. exige entonces una capitulación y la burocracia reacciona defensivamente pasando a la expulsión del sector burgués de los gobiernos y a la expropiación de los capitalistas.

Para Moscú era preferible esta opción antes de que la ofensiva del imperialismo no sólo intentara recuperar los países del este sino también la propia URSS.

Es innegable que cuando la burocracia decide resolver en su favor la dualidad de poderes, se lanza, apoyada en su ventaja descomunal, a concretarlo, constituyendo los estados burocráticos. Al propio tiempo



Franklin Delano Roosevelt, uno de los ideólogos de Yalta y Postdam.

a la URSS: millones de mujeres manifestaban en los EE.UU. por el retorno inmediato de los soldados y las desertiones se multiplicaban en los cuarteles yanquis en Europa. Para hacer una guerra se necesita a quienes disparen. La burguesía yanqui comprendió rápidamente que sus soldados no la acompañarían en esa aventura.

Los nuevos estados obreros

Pero el no ir a la guerra no implicaba que para EE.UU. dejara de plantearse una presión redoblada contra la URSS. Entre 1945 y 1947 la burocracia cumple fielmente los Acuerdos de Postdam, constituyendo los gobiernos de coalición con la burguesía y abriendo las puertas a la recons-

completa la subasta al imperialismo del movimiento obrero del oeste europeo. Allí la burocracia, a través de los Partidos Comunistas, resolvió el doble poder en favor de las burguesías desde 1945. Tal era la contrapartida contrarrevolucionaria de su política defensiva al este.

La oleada revolucionaria que presenciarnos desde 1943 (victoria de Stalingrado) y 1945 (fin de la guerra) no ha liquidado el imperialismo. Los pactos de Yalta y Postdam así lo han garantizado. Pero el imperialismo debió pagar el costo de la pérdida de toda Europa del este y más tarde China, Corea, Vietnam, Cuba..., que al conformarse como estados obreros representan, aunque de manera deformada, conquistas históricas de la revolución mundial.

Armamentismo

El gendarme mundial

Frente a esta situación nacida de la explosión de todo el viejo orden imperialista, la burguesía yanqui debió profundizar a un nivel superior su estrategia política para poder asumir la dirección y hegemonía ya indiscutible del capitalismo internacional que defiende. EE.UU. estaba llamado a ocupar, a nombre de "la democracia", el puesto que dejan vacantes los imperialismos europeos en retroceso brutal, frente al ascenso revolucionario en las colonias y semicolonias. Simultáneamente, los yanquis debían garantizarse que luego de esta guerra los belicistas europeos quedarán bajo su absoluto control, y no como sucedió luego del Dictado de Versalles (1921) que empujó a Alemania a buscar la revancha en una nueva guerra.

Este nuevo papel le permitiría a EE.UU. realizar en su beneficio enormes modificaciones de carácter cualitativo en la economía y política mundiales, pero simultáneamente le imponía responsabilidades de igual alcance, dada su condición de potencia guía en la lucha a muerte contra la revolución.

Es evidente el rol directivo que juega la oficialidad yanqui en la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), la SEATO del Pacífico y en el Tratado de Río (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca - TIAR). A tales pactos con injerencia plena de EE.UU. en la política de decenas de países hay que sumar otros bilaterales con países latinoamericanos, africanos y del Medio Oriente (donde cuenta con el ejército delegado del estado sionista de Israel).



Tito en 1942.

II. El armamentismo yanqui



Los jefes del aparato militar yanqui (de izquierda a derecha): almirante de la Armada James D. Watkins, general del Ejército Edward C. Meyer, general de Marina Robert H. Barrow, general del Ejército John W. Vessey junior y general de la Fuerza Aérea Charles A. Gabriel.

Se ha escrito y demostrado hasta la saciedad que las 200 más grandes corporaciones monopólicas u oligopólicas de EE.UU., que constituyen al mismo tiempo, salvo algunas decenas, las principales del mundo, drenan su mayor volumen de ventas hacia las necesidades militares del imperialismo. El llamado *complejo militar-industrial* articulado orgánicamente en la economía yanqui, tiende a mantenerse y desarrollarse apuntalado en los sectores más dinámicos del estado contrarrevolucionario "legitimado" en la sobrevivencia de la democracia burguesa semiparlamentaria.

La mayor iniciativa de los grandes monopolios, estructurados institucionalmente en la burocracia del Pentágono y en el Poder Ejecutivo de la Casa Blanca, permite que la trenza de las directivas de las grandes corporaciones con el Pentágono y la oficina presidencial, cuyos cerebros grises son los politólogos de la Universidad de Harvard y del Instituto Hoover de California, hayan modela-

Armamentismo

do una economía que vive del déficit presupuestario. A esta deuda a futuro, por un monto superior a los 200 mil millones de dólares anuales destinados en su totalidad al armamentismo, hay que sumar otros 150 mil millones de dólares más, extraídos este año y en los próximos de los bolsillos de los trabajadores norteamericanos, que también son destinados a la progresión de la industria ligada a fines militares y al sostenimiento de un poderoso ejército de más de 2 millones de efectivos.

La economía de estado contrarrevolucionario

Cuando la Casa Blanca estipula el presupuesto militar para los próximos 5 años en 1,6 trillones de dólares, es decir un promedio de 320 mil millones de dólares anuales, destinado en su más grueso paquete a la investigación y desarrollo de nuevos tipos de armas, estamos presenciando un gigantesco esfuerzo de sobrevivencia para la mayoría de las corporaciones industriales que no podrían mantener su astronómica cifra de negocios si sólo se dedicaran a la producción de mercancías de consumo masivo.

Pero sería un error conceptual que la política yanqui viene determinada por el peso de la economía armamentista, en realidad es comprobable que es lo inverso lo que ha ocurrido. Es el papel del imperialismo yanqui en el dispositivo mundial de la contrarrevolución el que obligó a edificar sobre la economía de los monopolios el parasitismo armamentista que, de ser su balón de oxígeno en las décadas pasadas, se constituye ahora en un peso muerto que amenaza asfixiar todas las energías del poderoso capitalismo yanqui.

Es un hecho que, en su lucha contra la revolución, el imperialismo encontró simultáneamente la respuesta transitoria a un problema más de fondo que atañe a la decadencia histórica del capitalismo como sistema incapaz en ésta, su etapa histórica de decadencia, de desarrollar las fuerzas productivas.

Mientras se arma contra la revolución, el imperialismo encuentra el remedio circunstancial contra la desinversión producida por la baja tendencia de la tasa de ganancia, que ya descubriera Marx, lanzándose frenéticamente a buscar en la industria de guerra un privilegiado campo de acu-

mulación de capital. En lugar de realizar solamente la plusvalía de automóviles, enseres domésticos o alimentos enlatados de demanda contraída, cuando no constante o de muy leve incremento, la burguesía yanqui suma a su parque industrial enormes masas de capitales fijados en costosísimas instalaciones para producir los no menos costosos y sofisticados equipos o partes de equipos militares.

La Westinghouse, para no citar más que un ejemplo, iría a la quiebra si sólo vendiera sus lavadoras, neveras, televisores y cocinas, por lo demás bastante competidas dada la simplicidad tecnológica que requiere su producción. La industria militar es un club más selecto, y la producción de complicados circuitos electrónicos para tanques, aviones o cohetes, con un comprador fijo y multimillonario —el estado yanqui— hizo inclinar hacia ella el favoritismo de los gerentes de la Westinghouse.

Pero esto también lo han hecho los otros grandes del oligopolio de la electrónica, la aviación, la química, los aceros especiales y la rama más dinámica y sofisticada de todas: la de los "computers".

El armamentismo es de tal manera parte orgánica y fundamental de la cifra de negocios de todas las empresas importantes de EE.UU. que, si



Armamentismo

cesara la producción militar, el poderoso capitalismo yanqui duraría 24 horas. Tal es la primera conclusión que nos permite entender la *ultima ratio* del belicismo de los círculos dominantes del imperialismo yanqui.

El debate macabro

El hecho de que el sistema político yanqui sea parcialmente criticado por la gran prensa burguesa nos permite enterarnos de que las grandes divergencias se sitúan en torno a cuál tipo de armamento se privilegia, en un debate macabro sobre qué arma es más terrorífica y disuasiva para el adversario.

Se conoce, por ejemplo, que el proyecto MX, que consiste en "sembrar" un *Dense pack* (paquete denso) de cohetes de alcance superior a los 12 mil kilómetros en una extensa área del estado de Wyoming, ha sido suspendido temporariamente, asignándosele, para lamento de Reagan, sólo los miles de millones de dólares necesarios para seguirlos produciendo, pero no para instalarlos. Los MX de altísima precisión vendrían a reforzar la capacidad instalada de cohetes TITAN II que suman 52 y los MINUTEMAN III que suman 550.

Estos, los llamados "misiles estratégicos" o intercontinentales en su versión MX, tendrían el añadido de que en lugar de ser portadores de 1 a 3 cabezas nucleares, su capacidad sería llevada a 10 ojivas por cohete. La fuerza nuclear "estratégica" yanqui acumuló también 304 misiles "Poseidón", de 10 a 14 cabezas nucleares cada uno, que son lanzables desde submarinos que pueden alcanzar su objetivo desde distancias superiores a los 10.000 kilómetros. Súmese 216 cohetes Trident que serán desplegados en los próximos años y que portan 8 cabezas nucleares cada uno, también lanzables desde submarinos atómicos y con más de 7.000 km de alcance.

A todo este colosal arsenal de los ICBM (*Inter Continental Ballistic Missiles*) deberán adicionarse los llamados *Theater Missiles* de alcance intermedio (entre 1.600 y 3.000 km), entre los cuales se contarían los 575 Pershing II y Cruise que EE.UU. comenzaría a instalar en Europa a partir de este año.

El armamentismo imperialista de preguerra

Si hacemos un inventario del avance de la revolución proletaria y de los movimientos de emancipación anti-colonial de las masas en todo el mundo desde la Revolución Rusa triunfante en 1917, y sobre el carácter de las guerras y el armamento imperialista durante el mismo período, descubriremos con facilidad que desde principios de siglo hasta 1945, la progresión armamentista y en particular la de la burguesía alemana combinaba un triple objetivo. En primer lugar tal política estaba orquestada contra su propio proletariado, el más poderoso de Europa. En segundo lugar, preparaba su ofensiva a mediano plazo contra el estado obrero de la URSS. Por último, y no por ello de menor importancia, lo hacía contra las burguesías europeas a las que quería ver arrodilladas bajo su dominio, objetivo que casi logra entre el "Dictado de Munich" de 1938 y 1943, el año de mayor apogeo del dominio nazi sobre Europa.

El armamentismo inglés estaba signado por los mismos objetivos referidos a su propio proletariado y a la URSS, pero aceptaba en líneas generales su condominio mundial con las otras burguesías imperialistas, en particular con la yanqui y la francesa. Súmese, sin embargo, que Inglaterra buscaba mantener regimientos en todos los rincones de su vasto imperio colonial para enfrentar la efervescencia revolucionaria de las masas de todos estos países sometidos a la city. Igual óptica predomina para la burguesía francesa.

La burguesía yanqui, por su parte, contemplaba desde su país-continente las peleas de perros de sus ancestros europeos. Con el "pacifismo" de su gran banca, buscaba evitar su participación en una nueva guerra reservándose el derecho de imponer su dominio en la economía mundial. Además, y esto por si acaso, duplicaba su flota con respecto a la de cualquier eventual adversario, incluida Inglaterra, y para mantener un despliegue gradual en el Pacífico y controlar sus semicolonias del Caribe y Sudamérica.

El armamentismo imperialista de posguerra

La Segunda Guerra Mundial trastocó y realineó todos estos objetivos. Del derrumbe nazi surgió la extensión del espacio geográfico de los



Armamentismo

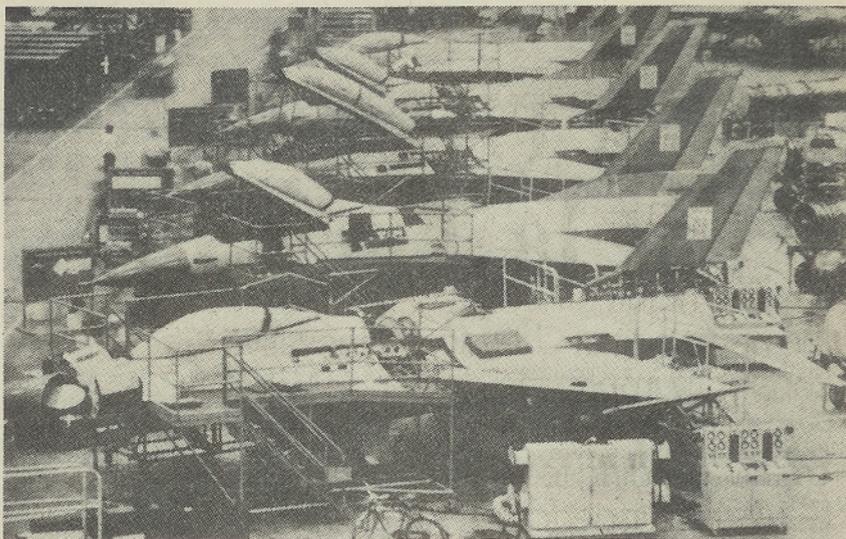
estados obreros a toda Europa del este. Habiendo tenido la Segunda Guerra el doble carácter de confrontación interimperialista y guerra de defensa nacional del estado obrero por parte de la URSS, las líneas profundas de los frentes del Ejército Rojo en la Europa central pulverizaron la geopolítica de la preguerra y dieron paso a una situación histórica cualitativamente diferente.

Desde 1945, el armamentismo imperialista conserva sus designios reaccionarios contra las masas de las colonias y semicolonias y las de su propio país, pero agrega como el preponderante y decisivo el de enfrentar la extensión de la revolución mundial que identifica con los estados obreros.

Esta revolución mundial tiene dos niveles de desarrollo altamente contradictorios; por un lado, vemos que desde la Segunda Guerra Mundial no ha cesado, visto en perspectiva histórica, la más grande oleada revolucionaria de la historia humana que incluye por igual el poderoso ascenso del proletariado europeo y la irrupción masiva de todos los parias de las colonias y semicolonias en la lucha antiimperialista y de emancipación social y nacional. El otro nivel de progresión de la revolución lo constituye sin duda la extensión de las conquistas de Octubre a los países del este, más tarde a China, Corea y Vietnam del Norte y por último Cuba y los estados de la Península Indochina.

Gráficamente, podemos señalar que contra estas conquistas "congeladas" de la revolución mundial, y en particular contra el más poderoso de esos estados obreros, la URSS, el imperialismo mundial con gran iniciativa y predominio del yanqui desarrolla el armamento nuclear. También contra ellos acumula el más colosal arsenal convencional de la historia, siéndole igualmente en extremo útil contra todos los procesos revolucionarios "calientes" que multiplican sus escenarios en las semicolonias.

Ahora bien, los estados obreros y particularmente la URSS (que tiene paridad de armamento nuclear con el imperialismo) son regentados por una burocracia contrarrevolucionaria. Los estrategas yanquis toman esto perfectamente en cuenta aunque mantengan una guerra de propaganda, para engañar a los ingenuos de este mundo



que suman legiones, sobre el mentado peligro expansionista soviético.

¿No existe acaso la convicción en la burguesía yanqui de que la burocracia es su más poderoso aliado en la contrarrevolución mundial? ¿No son suficientes para él las miles de capitulaciones con las que desde hace 50 años el stalinismo ha permitido la sobrevivencia del imperialismo? La burguesía imperialista responderá que no, que aún no es suficiente. Quiere sencillamente que las economías de propiedad nacionalizada, y con ellas los estados obreros, desaparezcan. Quieren que la burocracia juegue un rol más activo aún en el frente de la contrarrevolución.

¿Por qué EE.UU. quiere el monopolio del armamento?

Es necesario clarificar que, al subsistir las bases económicas y sociales del estado obrero, la URSS sigue siendo históricamente incompatible con el régimen capitalista a nivel mundial, en la medida en que representa una conquista, también histórica, de la revolución mundial.

Desde la óptica del imperialismo, lo que prima es que, para defender su modo de producción y sus estados basados en la explotación del salario y la esclavización de las semicolonias, debe tener el monopolio de las armas y, en la época del armamento nuclear, la exclusividad de su posesión, despliegue y eventual uso. En la lógica de un imperialista adquiere obsesiva presencia la tesis de que a un estado obrero no puede permitírsele

detentar la posibilidad de ganarle una guerra o, lo que es tan apocalíptico como esto, tener que rendírsele sin disparar un tiro.

De hecho, la burguesía procede igual frente a la clase obrera de cada país. Para ella, resulta inadmisibles que los sindicatos u otras organizaciones populares estén armadas, independientemente de si las dirigen burócratas o no. Si ello ocurre, tan pronto reúne las fuerzas necesarias, se lanza con los métodos del terror a imponer su exclusivo monopolio de las armas. De la misma manera que tiene horror de la clase obrera armada, no concibe que existan estados obreros con poderosos ejércitos. La existencia de la burocracia no es una garantía absoluta para el imperialismo. Frente al ascenso revolucionario del proletariado, desata la contrarrevolución. Frente al armamento de los estados obreros, desata la competencia armamentista con la burocracia, buscando su capitulación.

Cuando juzgamos las intenciones del imperialismo, no puede caber la menor duda de que antes de su caída recurrirá a la barbarie armada. La conformación de un "Cuerpo de Despliegue Rápido" de 100.000 hombres altamente adiestrados para "contingencias de emergencia", evoca el propósito explícito de no rendirse sin antes haber agotado su recurso a la guerra. Lo que estamos presenciando en América Central con la escalada salvadoreña y la invasión de los gusanos somocistas adiestrados por la CIA contra Nicaragua, constituye una prueba más que palpable de este pronóstico.

III. La URSS y el armamento de la burocracia

Las burocracias y particularmente la soviética, defendiendo su "derecho" a seguir siendo casta privilegiada en los estados obreros, resisten en un campo en que el imperialismo tiene una ventaja tecnológica estratégica con recursos casi ilimitados.

¿Por qué, entonces, la burocracia soviética escogió un terreno en el que, a la larga, perderá irremisiblemente? Al constituirse como casta privilegiada, la burocracia desarrolló intereses sociales y políticos antagónicos con el proletariado mundial y con el de la URSS en particular. La concepción reaccionaria, nacionalista gran rusa y utópica de construir el socialismo en un solo país, constituyó su intento fallido de legitimación.

Ahora, con su empiria característica, concibe como probable que, con esta carrera armamentista, tenga más probabilidades de sobrevivir como aliada del imperialismo en la contrarrevolución, pero sin que éste la obligue a abdicar de su control sobre los estados obreros, en cuya estructura social está la fuente de sus privilegios.

El imperialismo confronta a la burocracia desde dos ángulos. Por un lado, acepta coexistir con ella y busca ganarla plenamente para todas las tareas de la contrarrevolución, incluyendo la restauración capitalista en los estados obreros. Por otro lado, presiona militarmente al extremo, para garantizar que el plan contrarrevolucionario vaya hasta sus últimas consecuencias con o sin la cooperación de la burocracia.

La burocracia está dispuesta a marchar con todo lo que pueda en el plan contrarrevolucionario contra el proletariado mundial, pero no hasta la medida en que el armamentismo yanqui amenaza las bases del estado obrero del cual, hasta ahora, ella depende. Se defiende desatando la com-

petencia sobre las áreas de influencia no acordadas con precisión en los pactos de Yalta y Postdam (por ejemplo, Africa descolonizada, lo que no estaba previsto). Y busca reforzar el equilibrio en Europa, así como entre el arsenal yanqui y el propio.

El armamentismo, desde la óptica burocrática, trata de resolver algo más que la simple defensa general frente al imperialismo. La economía de los estados obreros sólo puede superar su asfixia —producto del cerco imperialista— si históricamente resuelve la necesidad de extenderse a través de la revolución que expropie al imperialismo.

Pero la burocracia teme más a la revolución que a la presión del imperialismo, con el cual ha podido coexistir durante 50 años. Porque la revolución social tiende a combinarse con la revolución política antiburocrática cada vez con mayor profundidad y sincronización. La revolución política responde a la necesidad histórica de eliminar la camisa de fuerza reaccionaria de la burocracia de los estados obreros, para lo-

gar así la unidad del proletariado mundial y eliminar todas las barreras que se interpongan a la necesidad de un mundo sin fronteras, basado en la economía planificada socialista.

El desarrollo de los medios de destrucción que tipifican el crecimiento económico capitalista de las últimas décadas, repercute sobre las economías planificadas bajo dirección burocrática, obligándolas a un crecimiento del parasitismo armamentista que sólo puede ser cortado de raíz si se reordena la economía mundial, previa eliminación del imperialismo y la burocracia.

La lógica del burócrata

Frente a la economía planificada y su necesaria expansión por la vía revolucionaria al resto del mundo, la burocracia actúa con su propia lógica.

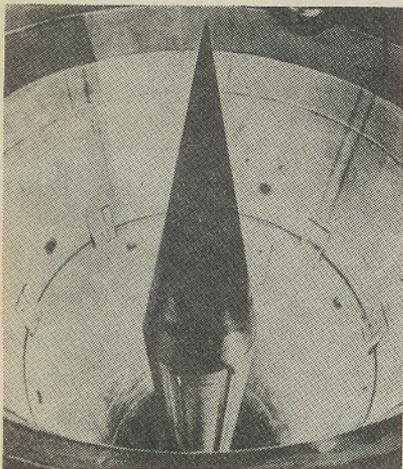
Es típico de las sólidas burocracias sindicales de occidente el utilizar los cuantiosos fondos que a veces logran reunir para invertirlos en edi-



Armamentismo

ficios y obras, y no en el apoyo de las luchas de los trabajadores. No hay nada que satisfaga más al burócrata que inaugurar un edificio o una institución bancaria, financiera o cooperativa. Quieren ver plasmada su "grandeza" en obras físicas; un edificio es algo que no le traerá problemas y le dará un prestigio. A la inversa, financiar con todo las luchas obreras le aterroriza, porque ve en cada conflicto la posibilidad del derrumbe de su poder.

La burocracia soviética lanza o acompaña la carrera armamentista porque sabe que dispone en la URSS del monopolio de su control, en el más alto nivel. Se arma para defen-



Misil intercontinental soviético en un silo subterráneo.

derse del imperialismo y contra el propio proletariado de la URSS y, al mismo tiempo, busca evitar por todos los medios que tal armamento esté al servicio de la revolución. Entre ésta y las negociaciones sobre equilibrio nuclear con el imperialismo, optará por lo segundo. Tal equilibrio nuclear le da simultáneamente los argumentos para tratar de evadir el choque revolución-contrarrevolución, invocando el "peligro de guerra" y, al propio tiempo, aparecer como defensora de las conquistas del estado obrero frente al imperialismo amenazante.

Una bomba de tiempo para la economía planificada

A mediano plazo esta lógica opera contra su propia sobrevivencia. Mientras el imperialismo puede, a través de la industria armamentista,

encontrar coyunturales fuentes de estabilidad, así sea al costo de un gigantesco despilfarro, el peso del armamentismo terminará por dislocar la economía planificada, al imponerle un pesado lastre que no puede ser financiado sino al precio de enormes privaciones para las masas soviéticas.

El imperialismo cuenta con recursos gigantescos, que provienen de la explotación del proletariado y las masas en sus propios países y de todas las semicolonias saqueadas inmisericordemente. La burocracia del Kremlin no puede obtener del pillaje de las economías de Europa del este y de la propia URSS, recursos equiparables a éstos.

Si en EE.UU. la industria ligada al Pentágono sustrae de la producción de bienes útiles masas de capitales que afectan las economías de todos los países, en la URSS el parasitismo de la industria militar representa un fenómeno aún más profundo, por cuanto sustrae el excedente global producido por la economía planificada un volumen importante de recursos que, por añadidura, son producidos por trabajadores con un nivel de vida muy inferior al de EE.UU.

El que contradictoriamente, en la época de Breznev (1964-1982), el nivel de vida del pueblo soviético haya mejorado levemente, coexistiendo este fenómeno con un crecimiento vertiginoso de la industria militar, sólo puede explicarse por la fuerza gigantesca de la economía planificada. Esta conquista de la Revolución de Octubre sigue demostrando, pese al lastre burocrático, su superioridad histórica con respecto al sistema capitalista. Su potencialidad para desarrollar prodigiosamente las fuerzas productivas explica que la URSS haya saltado del atraso más espantoso a una economía altamente desarrollada.

Pero tal combinación coyuntural de progresión simultánea en armamentismo y nivel de vida sólo pudo significar en la URSS una acelerada acumulación de contradicciones en la organización de la producción social. La deformación burocrática del estado explica por qué el PC soviético escogió desarrollar de una manera absurdamente desigual las distintas ramas de la economía. La más sofisticada tecnología para la exploración del espacio exterior coexiste con la rústica tecnología de fabricación de los bienes de consumo masivo de mala calidad. He allí, entre otros, uno de los morbos que trajo consigo



Leonid Breznev: mucho para armamento, nada para la revolución.

el peso del armamentismo en la economía de la URSS.

Por otra parte, más allá de los fenómenos económicos sociales que el armamentismo desata o retiene explosivamente, la expresión política que éste contiene y expresa, ahonda el divorcio del aparato burocrático del estado con respecto al conjunto social al que esclaviza para sostener esa carrera hacia la barbarie de la economía de guerra. Esto es igualmente válido para el imperialismo.

En la sociedad soviética es un hecho que los privilegios de la casta militar, que es parte orgánica de la burocracia del estado, despiertan una irritación tan o más importante que la que se produce en las masas de los países capitalistas respecto al ejército burgués. Polonia expresó en pequeño lo que en gran escala pasará en la URSS, separando radicalmente a las masas de la población contra la casta burocrática y militar.

Las zancadillas recíprocas

Una bomba de tiempo amenaza todas las fronteras nacidas de Yalta y Postdam. El eje de la revolución proletaria las cruza alineando al proletariado contra el imperialismo y la burocracia. Frente a esa unidad mundial del proceso revolucionario del proletariado, la burocracia necesita remachar la división de los bloques y el status quo entre ella y el imperialismo. EE.UU. "tolera"

Armamentismo

sus invasiones al este europeo y las aprovecha para desacreditarla; la burocracia "respeto" las cruzadas sanguinarias del imperialismo contra las revoluciones en las semicolonias y las aprovecha para desacreditarlo... por radio Moscú.

Nada mejor que la carrera armamentista para justificar que "la URSS" no puede amenazar la paz ayudando a la revolución por el peligro de la hecatombe nuclear.

Pero así como la producción masiva de armamento convencional (no nuclear) permite al imperialismo intervenir y planificar riesgosas escaladas (Vietnam ayer, Centroamérica o Medio Oriente hoy) la burocracia utiliza el armamento del estado obrero para objetivos aparentemente contrapuestos, pero que sólo tienen co-

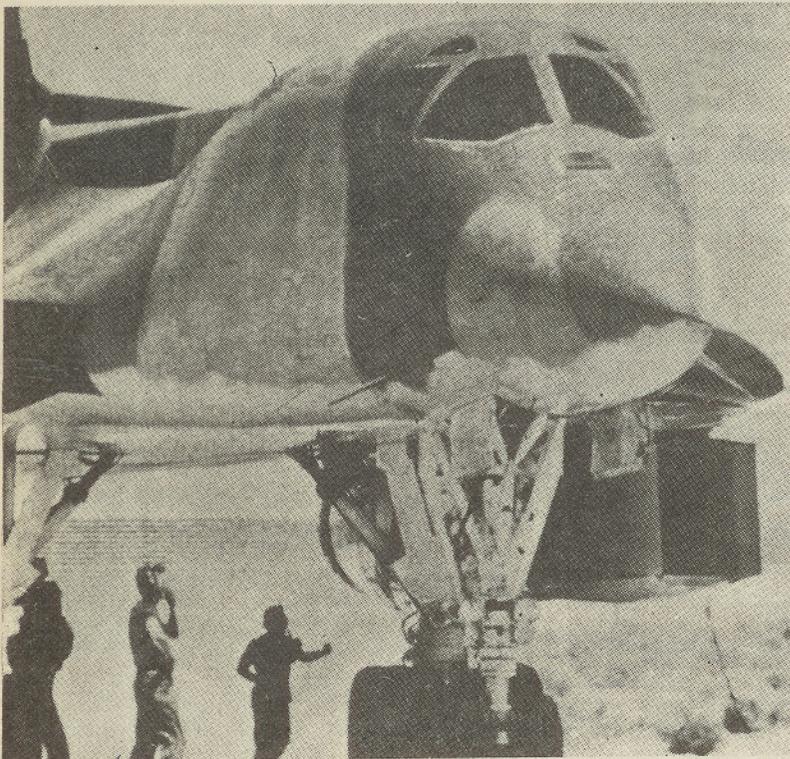
mo fin último su compromiso contrarrevolucionario en el mantenimiento del status quo con el imperialismo. Además del consabido papel de sus tropas en Hungría y Checoslovaquia, la "ayuda militar" soviética, dada a cuentagotas y previo compromiso político total, le ha permitido copar la dirección de los movimientos armados en las semicolonias y, por otra parte, hacer competencia con el imperialismo para ganar la alianza o neutralidad de las burguesías de algunas semicolonias (India, Siria, Irak, antes Egipto, etcétera).

Como rédito complementario de esta línea fundamental, pudo copar la dirección de los estados obreros que han surgido en la última etapa (Cuba, Vietnam reunificado, Laos, Kampuchea), sin olvidar que igual lo logró transitoriamente con China, Corea del Norte, Yugoslavia y Albania, aunque las burocracias de éstos se zafaran luego a partir de la

dinámica que les hizo privilegiar sus intereses propios.

El armamentismo de la burocracia busca, finalmente, imponer también su sueño más pretencioso: la neutralización de las burguesías imperialistas llamadas, según sus cálculos, a colaborar firmemente con ella en el mantenimiento del status quo de los dos bloques y de la división de Alemania y en la modernización de la economía soviética con créditos y tecnología europea. Hacia esto apuntaba, pese a los magros resultados, toda la ofensiva diplomática de los años 70, que tuvo su momento estelar en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Europea realizada en Helsinki, Finlandia, en agosto de 1975. Con esta orientación sigue moviéndose, utilizando las negociaciones sobre reducción de armamentos, para buscar distanciar las burguesías europeas de la OTAN y del liderazgo yanqui.

IV. ¿Hacia la guerra nuclear?



Prototipo del B1-B en la base Edwards de la Fuerza Aérea yanqui en California.

Entre los estrategas militares ligados al Pentágono comienzan a delimitarse dos posiciones básicas sobre cómo hacer una guerra a la URSS y "ganarla", aunque ésta esté hoy en capacidad de borrarlos del mapa con su coherencia de largo alcance.

La primera "escuela", cuyas tesis son hoy las oficiales, elaboró lo que se designa como doctrina *Air land battle* (Batalla de aire-tierra). El *U.S. Army field Manual 100-5*, publicado por el Pentágono en agosto de 1982, se sustenta en dos nociones básicas. El "*desencadenamiento precoz de acciones ofensivas*" para tomar la iniciativa en las hostilidades, es la primera. La segunda noción es la del "*ataque en profundidad*", es decir "*llevar la batalla detrás de las líneas del enemigo a fin de quebrar sus defensas antes de que pueda reaccionar. No puede dejarse jamás que el enemigo pueda reponerse del shock provocado por el ataque inicial*". Esto, dicho en criollo, equivale a pulverizar las tropas del Pacto de Varsovia y las instalaciones de cohetes nucleares antes de que puedan entrar en combate en el frente. Para corresponder a esta estrategia es que

Armamentismo

se instalarían los Pershing en Alemania, a sólo 8 minutos máximos de las bases soviéticas. Y, siempre según el Manual FM 100-5, sería necesario también el uso de armas químicas y una gama innumerable de otros proyectiles. La doctrina *Air land battle* es, pues, el plan convicto y confeso de una "guerra nuclear preventiva".

Los misiles Pershing están llamados a reforzar, desde las fronteras alemanas, la estrategia de lo que se ha dado en llamar "primer uso preventivo" que en un tiempo récord de 8 minutos dé en blancos vitales que paralicen desde la retaguardia al potencial de la URSS, impidiéndole una represalia en gran escala.

La "guerra nuclear limitada", que se abre paso como concepción estratégica de los dementes del Pentágono, apostaría entonces al albur de

El teatro europeo

Desde diciembre de 1979 la Organización del Tratado Atlántico Norte (OTAN), que es el pacto militar del imperialismo yanqui con los imperialismos europeos y algunos asomados como Grecia y Turquía, acordó el despliegue para 1983, de los famosos Pershing II. Se dijo entonces, que ello sólo se evitaría si, en conversaciones a realizarse en Ginebra, los soviéticos accedían a una especie de rendición en frío, que les obligara a desmantelar los SS4, los SS5 y los SS20 que apuntan hacia Europa.

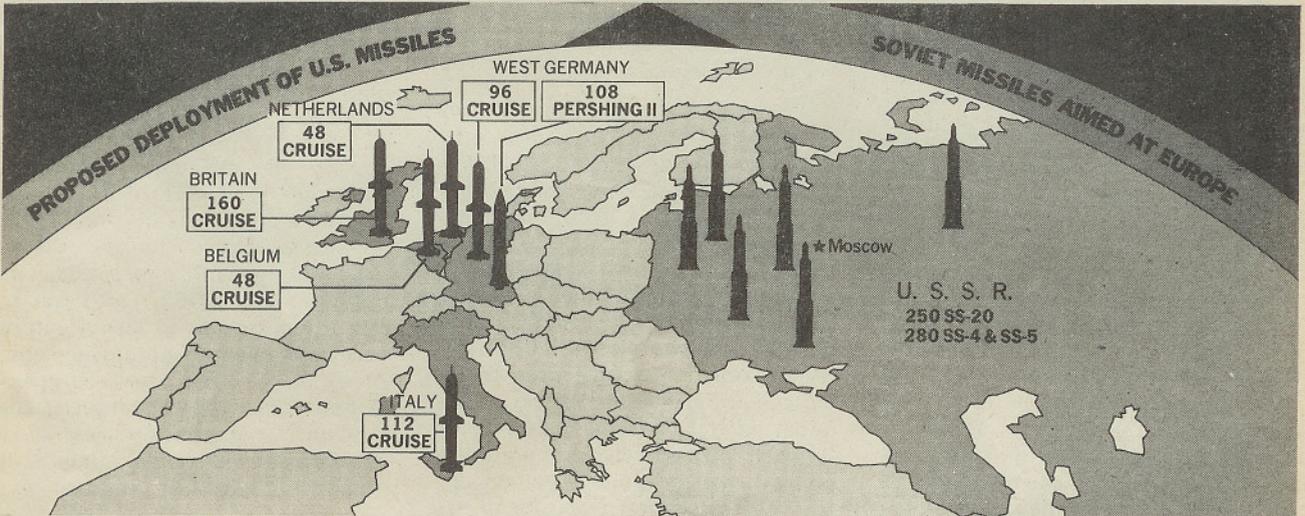
Inicialmente las burguesías europeas, casi unánimemente, exigían incluso una mayor diligencia a los yanquis para el despliegue de los Pershing y de los Cruise en 1983. Lo

OTAN y el interior de la propia burguesía alemana y recibe el rechazo de los suecos, daneses y holandeses.

¿Por qué la administración Reagan está siendo ahora punta de lanza de la iniciativa de la OTAN para imponer la llamada "opción cero"?

Esta proposición yanqui, que consiste en exigir a la URSS el desmantelamiento de los SS de alcance intermedio (Europa) a cambio de que EE.UU. no instalaría los Pershing y los Cruise, busca romper la relativa paridad de fuerzas aceptada en los tratados "Conversaciones sobre limitación de armas estratégicas" (Strategic arms limitation talks) Salt I y Salt II (este último violado y no ratificado) de la década de los 70.

La instalación de los Pershing II,



Mapa de Time (31/1/83). A la derecha los cohetes soviéticos que "apuntan" hacia Europa. A la izquierda la propuesta imperialista. Nótese que no figuran, por ejemplo, los cohetes franceses que apuntan hacia la URSS.

una guerra donde los minutos y segundos definen, usando a fondo la coherencia de alcance intermedio para "borrar" las bases de cohetes intercontinentales e intermedios de la URSS, además de la liquidación preventiva de sus bases submarinas y aéreas y, por supuesto, ciudades enteras.

Toda la discusión sobre el despliegue de los misiles Pershing II en territorio europeo y particularmente alemán tendría entonces como trasfondo que EE.UU. busca desesperadamente la supremacía nuclear, que hoy le atribuyen a la URSS para justificar la histeria armamentista de la administración Reagan.

que suponían era una estrategia a revisar cuando los soviéticos se "ablandaron", terminó por comprometerlos en una cruzada belicista luego de que Reagan se encargara de la presidencia en enero de 1981. En las conversaciones *Start* ("Strategic arms reduction talks") de Ginebra entre EE.UU. y la URSS pareciera imposible diferir con un acuerdo la instalación de los Pershing II pactados por la OTAN para dentro de sólo algunos meses.

Lo que antes fue sobre todo una común iniciativa de las burguesías europeas, se ha convertido en un serio problema político que las divide, abre brechas a crisis políticas entre la

ahora más posible que nunca a raíz del triunfo de la derecha alemana, significa que EE.UU. dispondría de una coherencia que lanzada desde Europa podría convertir a la URSS en un enorme cráter calcinado en sólo pocos minutos. Que cohetes soviéticos apunten hacia Europa occidental con escasísimas probabilidades de ser usados —dado que representan un propósito defensivo contra los silos de cohetes de Inglaterra, Francia y Alemania, que fueron las primeras en desplegarlos apuntando a Moscú— no es lo mismo que EE.UU. despliegue desde Europa sus miles de ojivas con altas posibilidades de ser usadas.



Dicho de otra forma, la ofensiva puede ganarla EE.UU. desde Europa, mientras la contraofensiva soviética sólo puede funcionar hipotéticamente con su coherencia intercontinental, que debe atravesar océanos para dar en Norteamérica. Parecería una sutileza pero hay una diferencia importante. La superpotencia eventual agresora es EE.UU. y hasta ahora lo grueso del arsenal atómico de éste apuntaba hacia Moscú desde territorio norteamericano y con éstos había paridad en coherencia estratégica.

Los Pershing y Cruise yanquis instalados en Europa equivalen —visto desde el ángulo opuesto— a los que Kennedy impidió, con una amenaza de guerra, cuando la URSS instaló cohetes en Cuba en 1962. Verse apuntados por cohetes desde Cuba, a pocos centenares de kilómetros de EE.UU., es exactamente lo mismo —en reverso— de lo que ahora quiere hacerse desde Alemania contra la URSS. Si la URSS deja pasar los Pershing, habría comenzado su retroceso sin remedio frente a la iniciativa de Reagan y del imperialismo yanqui.

Los estrategas en la cuerda floja

El secretario de Defensa de USA, Caspar Weinberger ha dicho: “¿Cuál es la alternativa para planear el predominio?... Si tiene que haber una guerra, si todos nuestros esfuerzos para detenerla fracasan... yo no voy a hacer planes para perder” (*Newsweek*, 20/12/82). A partir de esta lógica siniestra, los estrategas yanquis han tenido que ser consecuentes

y pronosticar que, si ha de haber guerra nuclear, ellos la desencadenarán sin previo aviso para intentar ganarla. Para hacer arrodillar a la URSS, los cohetes en Alemania, que les darían esa ventaja de minutos son más que vitales... son los que decidirán la victoria.

Pero hay otros estrategas, un tanto precavidos, que se oponen a las recomendaciones taxativas del Manual FM 100-5, porque suponen que EE.UU. no podría evitar que parte del arsenal atómico soviético pueda salvarse de un primer ataque masivo y logre despegar para dar en el blanco de represalias sobre ciudades densamente pobladas de EE.UU. Entonces, se orientan a proscribir de sus tentaciones el ataque nuclear y prefieren guerras convencionales, donde suponen una apreciable ventaja tecnológica del armamento yanqui. Estos voceros prefieren apostar al uso masivo de las llamadas “armas inteligentes”, a ser utilizadas en teatros de guerra como el Golfo Pérsico o incluso la propia frontera europea de los bloques, pero “pactando implícitamente” que no se haría uso del armamento nuclear estratégico.

La defensa de esta tesis radica en que con el uso masivo de los nuevos sistemas de “armas inteligentes” (submuniciones que desprendidas del proyectil madre una vez cumplida la casi totalidad del trayecto, se esparcen hacia blancos múltiples, autoguiadas por radares que buscan o persiguen sus objetivos), concebidas también para atacar en profundidad de hasta 300 kilómetros detrás de las líneas del “ejército enemigo”, pueden hacer innecesarias las armas nucleares. Según *Le Monde Diploma-*

tique de febrero de 1983, el inspector general de los ejércitos de Alemania Federal en la OTAN confesaba, por ejemplo: “Yo no conozco ningún comandante de brigada alemán o de la OTAN en la República Federal que no esté convencido de que podremos rechazar la primera oleada de ataque de las fuerzas enemigas sin usar armas nucleares”.

Pero el problema comenzaría a plantearse precisamente en ese momento. Un ataque en profundidad con armas convencionales supersofisticadas que infligiera pérdidas importantes a la URSS, ¿no llevaría a ésta a replicar por lo menos con sus cohetes de alcance intermedio contra Alemania y otros países europeos? El umbral que separa una guerra convencional y la guerra nuclear se encontraría así reducido al mínimo.

La zanahoria y el garrote

Un tercer sector de la burguesía imperialista yanqui, por lo visto con escasa influencia entre los estrategas del Pentágono, tiene una tesis radicalmente diferente. Partidarios de reducir al mínimo el armamento nuclear, en acuerdo con la URSS, y con ello desmontar el peligro de una guerra de este tipo, su propuesta básica es: ¿Por qué no darle zanahorias a la URSS y darle garrotazos si no coopera? Es decir, el argumento se invierte con respecto al de los belicistas a ultranza. Busquemos, dicen, convencer a la URSS de que una cooperación económica con nosotros (léase penetración del capital financiero en la URSS) le es más ventajosa que la confrontación.

Armamentismo

Pero esta tesis no tiene aún consenso en EE.UU., y más bien es la característica de sectores imperialistas europeos que han apreciado sobremanera el apoyo de los PC para contener al movimiento obrero en sus respectivos países.

No puede negarse la lucidez de estos sectores, por ahora minoritarios, al querer llevar a fondo la cooperación contrarrevolucionaria pactada hasta en sus detalles con Moscú, y cuyo precio sería mucho menos que la gigantesca inversión en armamentos. Por lo demás, es ésta la posición que siempre la burocracia del Kremlin ha querido ver oficializada en Washington. Un precedente de ella fue la llamada *Ostpolitik* de Willy Brandt, cuando desde la cancillería alemana adelantó importantes acuerdos económicos con la URSS a partir del reconoci-

élite política y militar de EE.UU., que ha sido capaz de matar de hambre a media humanidad, es perfectamente capaz de pensar como posible el exterminio nuclear. ¿Son sicópatas, maniáticos de la guerra?

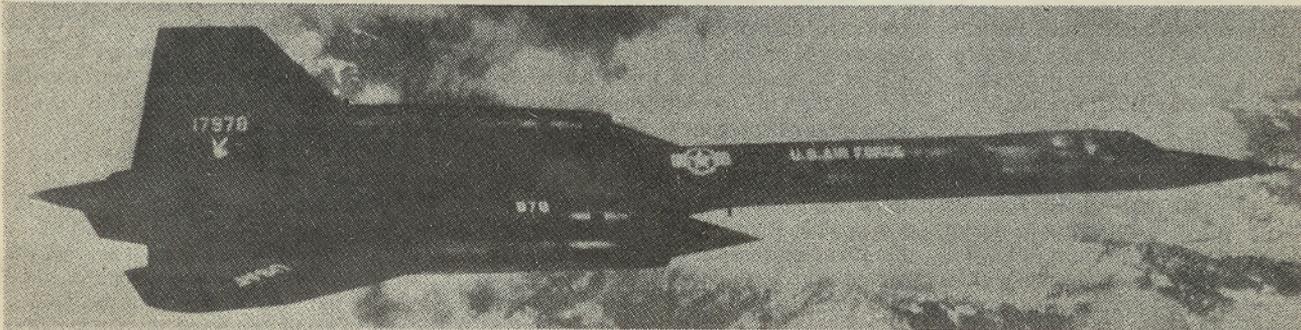
El problema no es psicológico ni sicopatológico, sino político. Un marxista debe considerarlo a partir de la lucha de clases. Sólo la revolución mundial puede derrotar al imperialismo y, con él, las perspectivas de una guerra de holocausto nuclear. Mientras el imperialismo exista, no se puede descartar que, puesto ante la alternativa de perecer, decida intentar como última salida el genocidio de media humanidad mediante una guerra nuclear. Pero eso no significa que ella sea inevitable.

La revolución mundial tiene en el armamento nuclear de la URSS uno de sus principales puntos de apoyo.

cracia un aliado incondicional de la contrarrevolución, donde quede claro el rol hegemónico absoluto del imperialismo yanqui sobre la URSS. El final de esta ruta contrarrevolucionaria sería, inevitablemente, la restauración del capitalismo en la Unión Soviética.

La burocracia se resiste a transitar ese camino, porque no cuenta con bases sociales propias, salvo las que se derivan del estado policial que ha montado sobre la estructura social no capitalista de la URSS. Tal estado explotaría ante un proceso de restauración capitalista, que requiere enfrentar y derrotar previamente al poderoso proletariado soviético.

El imperialismo exige a la burocracia que se ponga al servicio del restauracionismo capitalista bajo su tutela. La burocracia hasta ahora no



Avión espía norteamericano SR-71

miento alemán, 30 años después de la Segunda Guerra Mundial, de la frontera polaca del Oder-Neisser y del estatuto de Berlín y Alemania dividida en dos.

¿Quién puede iniciar una guerra nuclear?

En una guerra donde se use todo el arsenal nuclear acumulado sólo por las grandes potencias, podría destruirse 10 veces la totalidad de la especie humana. ¿Hay alguien suficientemente loco para provocar la liquidación de la especie en este homicidio-suicidio colectivo y apocalíptico? ¿Por qué suponemos que sólo el imperialismo puede desencadenar tal barbarie?

Al parecer, sólo en la mentalidad de los Haig, Weinberger, Reagan, Luns o Rogers —o en los McNamara y Westmoreland de la época de Vietnam— puede albergarse tal idea. La

Pero tiene en la dirección burocrática de la URSS uno de los principales obstáculos para su triunfo. Y todo retraso en ese triunfo aumenta el peligro de guerra.

El chantaje imperialista

Se impone, para comprender el fondo del problema, referir el debate al carácter accidental, visto desde la perspectiva histórica, de la existencia de una burocracia que parasita al estado obrero soviético. Si el imperialismo viera que esa burocracia utiliza el poderío nuclear para extender la revolución mundial, quizás estaría dispuesto a hacerle la guerra. Pero esto es absolutamente improbable, porque la burocracia no quiere extender la revolución mundial por ningún medio.

En este marco, el imperialismo opta por el camino del chantaje permanente para hacer de la buro-

ha podido complacerlo porque su condición de casta parasitaria descansa sobre las bases sociales del estado obrero de economía planificada y propiedad colectiva. Esto la lleva a preferir la continuidad del estado burocrático en lugar de intentar, bajo su égida, la restauración de la propiedad privada.

Entonces, el imperialismo la obliga a seguir la carrera armamentista, en la cual la burocracia intenta superarlo. Y ello es fuente de cada vez más reducidos márgenes de maniobra.

El acuerdo y las fricciones

Enredada en sus dilemas, la burocracia opta por contrapresionar al imperialismo ampliando su influencia a través de gobiernos burgueses amigos en Africa y Medio Oriente. Exa-

Armamentismo

cerba así las fricciones con los yanquis, quienes redoblan su marcha militarista y la ponen nuevamente en jaque. He allí el escenario característico de la llamada "lucha de bloques", con la que pretenden ir a contramarcha (ambos, el imperialismo y la burocracia) del ascenso revolucionario del proletariado y las masas.

La crisis de la dirección revolucionaria del proletariado permite al imperialismo manipular sectores de las masas en los países del este, sobre todo a través de la iglesia, como lo demostró en el caso polaco. Esa misma ausencia de una dirección revolucionaria internacional reconocida por las masas permite a la burocracia soviética detentar una representación espuria de sectores del proletariado de los decisivos países imperialistas y de los movimientos nacionalistas pequeñoburgueses que transitoriamente dirigen a las masas insurgentes o en lucha en decenas de países semicoloniales.

Por encima de las fronteras, burócratas e imperialistas buscan desestabilizarse unos a otros sus esferas de influencia. Pero, al interior de ellas, pactan la contrarrevolución

cotidianamente. Los ministros stalinistas en gobiernos burgueses de un número cada vez mayor de países del "campo" imperialista, así como, por ejemplo, las cordiales relaciones en Polonia entre Jaruzelski y el arzobispo Glemp, en el "campo socialista", son el signo premonitorio de que tal es la tendencia que se preserva y desarrolla por encima de toda la alharaca respecto a la carrera nuclear.

El factor decisivo

La guerra nuclear es ahora improbable, no sólo porque significa la hecatombe de la especie, sino porque —creemos— ante la eventualidad de defenderse con medios dispares aunque igualmente terroríficos, la burocracia soviética preferiría apostar a ser socia menor del imperialismo que vendría en su auxilio, para masacrar en una guerra civil contrarrevolucionaria a medio proletariado soviético y dar luz verde a un restauracionismo hasta hoy inviable. De igual manera, la burocracia, ante el ascenso de la revolución mundial que es su principal enemiga, continuará ayudando en lo fundamental al imperialismo en su preservación.

El factor decisivo será el desarrollo de la revolución socialista mun-

dial. Cuando la lucha de clases abraza a los Estados Unidos haciendo estallar la revolución en Norteamérica, dará cuenta de los belicistas de hoy o sus continuadores de mañana. Porque el imperialismo podrá idear los teatros de guerras nucleares que quiera, pero menos el de lanzarse a sí mismo bombas atómicas.

Y lo que vale para Estados Unidos vale para Europa. La revolución social en esos países no podrá ser combatida con bombas nucleares. El 99 por ciento de la población de Estados Unidos lo impediría a cualquier gendarme que dirija el ejecutivo de Washington.

Para evitar la guerra con plenas garantías, no existe otro método que el de barrer al imperialismo de la faz del mundo. Sólo el socialismo podrá eliminar las armas de todo tipo y revertir todo el potencial tecnológico de la humanidad hacia fines pacíficos que garanticen el surgimiento de una nueva civilización emancipada del reino de las necesidades materiales primarias y abrir cauce histórico al reino de la libertad con un pujante crecimiento de las fuerzas productivas. Esto será posible mediante la expropiación de la burguesía y mediante la superación revolucionaria en los estados obreros, que habrá que regenerar mediante la liquidación de la burocracia totalitaria.

V. El socialismo revolucionario frente a la carrera armamentista

La escalada armamentista del imperialismo debe ser comprendida en todo el contexto de la actual situación internacional. De la discusión sobre los tópicos armamentistas pudiera crearse la imagen de que una etapa contrarrevolucionaria estaría abriéndose paso a partir de la superioridad bélica de los yanquis. Nada más lejos de la realidad objetiva.

Nuestro análisis no busca descen- trar la comprensión de los militantes sobre el hecho de que la contradicción, en su nuevo nivel histórico, de la lucha entre revolución socialista y contrarrevolución imperialista sigue siendo la fundamental en esta "época nuclear".

Para enfrentar el ascenso prodigioso de las luchas revolucionarias, el imperialismo es hoy más que nunca belicista. Ya no, como antes, contra otros estados imperialistas. Ahora se arma hasta los dientes para contrarrestar el ascenso revolucionario y amenazar con la destrucción de los estados obreros a los cuales defendemos incondicionalmente, a pesar de su régimen burocrático, como enormes conquistas de la revolución mundial.

Es en este marco que debe ubicarse el programa socialista revolucionario frente a la cuestión del armamento.

Los socialistas revolucionarios es-

tamos por el desarme total y completo de todos los países, pero tal programa es utópico sin la revolución socialista internacional. Mientras la revolución no triunfe, estamos por el desarme del imperialismo, *no* por el de los estados obreros.

Procediendo por analogía, decimos que, cuando la policía o las bandas armadas fascistas amenazan o atacan a los sindicatos obreros aunque éstos estén dirigidos por burócratas, nosotros combatimos junto a los burócratas corrompidos por el desarme de las bandas fascistas y los aparatos represivos. Luchamos para preservar las armas del sindicato, aun a sabiendas de que, más tarde, los buró-

Armamentismo

cratas pueden volverlas contra nosotros.

Una consigna fundamental: el referéndum

En caso de inminencia de guerra, exigiríamos un referéndum democrático para tratar de impedir que el gobierno imperialista propicie o lance la guerra.

Nos hemos opuesto de manera permanente y por principios a la diplomacia secreta, y en el mismo orden rechazamos todo monopolio de decisión por parte de la burguesía o de la burocracia para lanzarse, sin consultarle a nadie, a sus aventuras militares contrarrevolucionarias.

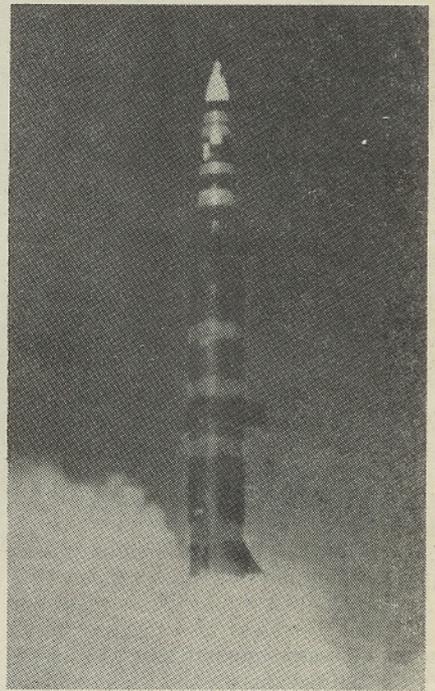
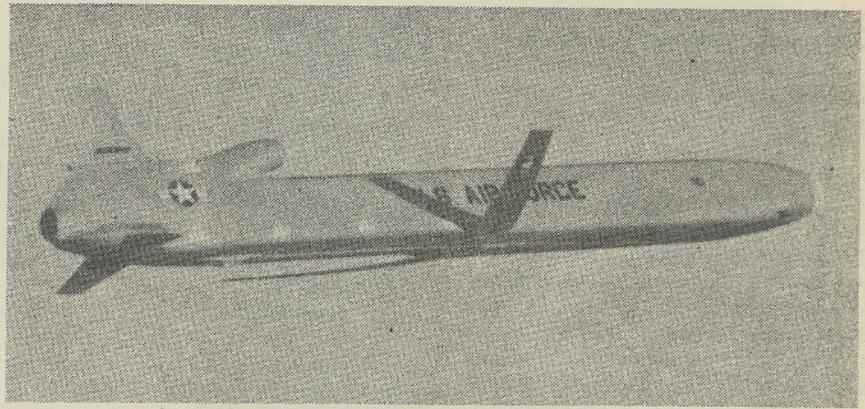
Toda decisión sobre hacer o no la guerra debe corresponder a sus verdaderos protagonistas: las masas de soldados que irían a los frentes de batalla y la población toda que sufriría las penalidades que acompañan toda guerra.

Ante la eventualidad de una guerra nuclear o incluso menos, ante la sola intención de declararla un día, la posesión de armamento nuclear y su despliegue con los fines ofensivos que la presupone deben estar sometidos a un referéndum popular para juzgarla. Esta es hoy una batalla democrática de primer orden y no podemos renunciar a la más amplia unidad de acción para impulsarla.

Por ejemplo, en Alemania hoy debemos estar a la vanguardia de la lucha contra la instalación de los misiles Pershing y Cruise y contra la Democracia Cristiana de Kohl y Strauss que propician la conversión de Alemania Federal en un bunker atómico del imperialismo contra la URSS.

Luego de la victoria de la Democracia Cristiana el pasado 6 de marzo, nos debemos lanzar al movimiento por imponer un referéndum democrático que permita expresar el repudio del 70 por ciento de la población alemana, que no quiere los Pershing y Cruise. Deteniendo a los guerreristas Kohl y Strauss estamos por la defensa de la URSS amenazada por la cohertería yanqui a la que ellos darán luz verde en los próximos meses.

Excepcionalmente, estamos incluso por un referéndum democrático en la URSS, para que la población se pronuncie sobre si considera o no positiva la defensa del estado obrero a



Los cohetes Cruise (arriba) y Pershing. Helmut Kohl los quiere ver instalados en suelo alemán. El pueblo alemán, no.

partir de la política armamentista. La exigencia de tal referéndum implica la lucha por las plenas libertades para todas las agrupaciones políticas y sindicales que, dentro de la defensa del estado obrero, propugnarían una política opuesta a la de la burocracia.

Pero la consigna de referéndum en los estados obreros debe estar siempre subordinada, ante un inminente peligro de guerra, a las urgencias de una rápida defensa.

Nuestra posición ante la instalación de los nuevos misiles en Europa

Andropov ha declarado, para enfrentar la petición de rendición que, con su "opción cero", exige Reagan de la URSS, que Moscú está dispues-

to a reducir sus cohetes dirigidos hacia Europa hasta el nivel de 180, que es la cantidad que haría paridad con los cohetes ya emplazados por Francia e Inglaterra y que apuntan hacia la URSS. Es un hecho que Francia e Inglaterra, como países imperialistas, representan con su armamento nuclear un solo frente con la burguesía yanqui contra la URSS. Más ahora, cuando Mitterrand, al igual que la Thatcher, redoblan su incondicionalismo hacia EE.UU. La propuesta de reducir los SS20 soviéticos hasta el nivel del acumulado de proyectiles y ojivas franco-inglesas es entonces un retroceso de Andropov y de la URSS frente al chantaje imperialista y como tal lo denunciamos. Pero reconocemos que busca impedir que contra viento y marea los yanquis instalen sus impopulares Pershing y Cruise en suelo alemán, lo cual da-

Armamentismo

ría ventajas inusitadas al imperialismo.

Cannon, dirigente trotskista norteamericano, fue criticado en su momento por algunos de sus compañeros de la Cuarta Internacional por haber apoyado el retiro por Nikita Jruschev de los misiles que había hecho instalar en Cuba. Las masas cubanas, en manifestaciones gigantes, gritaban: "*Nikita mariquita, lo que se da no se quita*". Se argüía que, con el apoyo de las masas, era posible detener el peligro de guerra contra Cuba. Pues bien, Cannon acertadamente coincidió en que era preferible quitar los misiles antes de ver a Cuba hecha un cráter calcinado por bombas nucleares yanquis.

Cuando Andropov, el nuevo amo del Kremlin, retrocede ante la iniciativa yanqui de instalar los Pershing, imaginamos que invoca estratégicamente el mismo principio que fue válido para Jruschev cuando desmanteló los cohetes en Cuba. Es en ese sentido que nos parece lícito. Pero denunciamos que es la propia burocracia la responsable de haber permitido que el imperialismo llegara hasta ese punto, por cuanto la colaboración contrarrevolucionaria por décadas y décadas con él le han permitido sobrevivir hasta ahora, que en su fase agónica es capaz de intimidar al mundo entero con sus armas mortíferas.

El socialismo revolucionario y los movimientos pacifistas

Millones de jóvenes y trabajadores europeos vienen desarrollando un cada vez más amplio movimiento pacifista y antinuclear. En su última etapa, este movimiento ha sido apoyado por la URSS. Es preciso definir una posición programática y una política al respecto.

Los socialistas revolucionarios no somos pacifistas en general. Creemos que mientras el imperialismo se empeña en sobrevivir, las guerras revolucionarias son inevitables y defendemos el campo armado de toda revolución.

Tampoco hemos sido pacifistas en el pasado. El pacifismo pequeñoburgués de las primeras décadas del siglo mereció los certeros ataques de Lenin y Trotsky porque capitulaba abiertamente a la burguesía imperialista al negarse a aceptar como un dato objetivo de la realidad la inevitabilidad de las guerras imperialistas de 1914 y 1939, creando la ilusión de que tales guerras podían ser evitadas por una simple negativa a participar en ellas.

El socialismo revolucionario planteó, en cambio, que las guerras imperialistas eran inevitables hasta tanto el imperialismo no fuera liquidado por la revolución socialista. Por lo tanto había que denunciar su carácter de guerras de rapiña, reconocerlas como un hecho objetivo de la socie-

dad capitalista, marchar al frente junto a los trabajadores puestos bajo las armas y actuar políticamente para transformar la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria, llamando a los soldados a apuntar sus fusiles contra las burguesías que los enviaban al matadero.

Sin embargo, en la actualidad debemos establecer una diferencia cualitativa entre los movimientos pacifistas pequeñoburgueses y reaccionarios anteriores a 1945 y los que han tomado auge en las últimas décadas. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, las guerras que se han dado y amenazan con producirse no son ni serán, con escasísimas excepciones, guerras interburguesas o interimperialistas. Las guerras de esta época son enfrentamientos contrarrevolucionarios contra los estados obreros, contra la revolución y contra las colonias y semicolonias por parte del imperialismo. El pacifismo en los países imperialistas juega, en estas condiciones, un rol progresivo, porque busca detener el belicismo de éstos.

El socialismo revolucionario debe participar o apoyar estos movimientos pacifistas. Más aún, todo movimiento que se plantee consignas sobre limitación o congelamiento de armas nucleares debe tener nuestro apoyo, porque es el imperialismo quien permanentemente redobla la carrera armamentista.

Esta política general no puede ocultar que el movimiento pacifis-



Manifestación antinuclear en Inglaterra.

Armamentismo

ta actual tiene limitaciones importantes dada la debilidad e inconsecuencia de su programa, que no va hasta el final, al no plantear la defensa de los estados obreros ni la lucha a fondo por el triunfo de los movimientos antiimperialistas en las semicolonias y de la revolución proletaria en curso.

El socialismo revolucionario debe, pues, intervenir en los movimientos pacifistas en forma crítica y levantando su propio programa para orientarlos, en primer término, contra el imperialismo. Nuestra actividad en ellos debe distinguirse de los que ponen un signo igual entre el armamentismo yanqui y el de la URSS. Nosotros levantamos sólo las banderas antiarmamentistas contra el imperialismo, y no las consignas sobre un desarme general y completo. Porque es una utopía pequeñoburguesa en tanto exista el imperialismo y porque no estamos a favor del desarme de los estados obreros.

Combatiremos contra toda propuesta o movimiento que pretenda hacer del armamento soviético un blanco de ataque. No nos oponemos frontalmente a quienes proponen el congelamiento de la carrera armamentista nuclear, porque ello iría a favor de aliviar el peso que ella provoca sobre los trabajadores soviéticos, que deben pagar con enormes sacrificios el militarismo defensivo de la burocracia. Diferimos del "freeze movement" (movimiento por el congelamiento del armamento nuclear de EE.UU.) porque sólo luchamos contra el armamento imperialista y llamamos al combate por su desarme unilateral o cualquier medida que afecte la progresión de su poder bélico.

Ligarnos a fondo al movimiento antiguerra no implica, para los socialistas revolucionarios, suscribir un pacifismo vacío u oportunista como el de los Partidos Comunistas. Muy por el contrario, nuestra posición apunta a profundizar la línea de clase en estos movimientos para colocarlos plenamente al servicio de las luchas del proletariado europeo, japonés y norteamericano contra sus respectivas burguesías imperialistas y sus socios de los países semicoloniales. La defensa del programa del proletariado agrega hoy a sus consignas las del combate contra el armamentismo del imperialismo como una de sus banderas.

En lo inmediato estamos a fondo

por desarrollar la campaña contra la OTAN, lo cual da un claro perfil antiimperialista a todo movimiento que lo impulse o suscriba.

El rédito complementario de esta campaña radica en que desenmascara el "pacifismo" de los partidos stalinistas del occidente de Europa que ya suscriben públicamente la defensa del Pacto Atlántico desde posiciones gubernamentales como el PC francés o desde la "oposición" como el PC español y el italiano. En efecto,



Petra Kelly, líder del movimiento pacifista alemán.

el señor Georges Marchais hace pocas semanas hizo una defensa apasionada de la política del imperialista Mitterrand por lo demás comprometido con la política de defensa nuclear propia de la burguesía francesa. Los trabajadores franceses no salían de su desconcierto al ver en TV al "eurocomunista" Marchais colocarse, con entusiasmo digno de mejor causa, al lado del euroatlantismo de la OTAN. Santiago Carrillo, el secretario general del ruinoso PC español, es asimismo un hinchado de la OTAN. Lo mismo que Berlinguer, el capo del PC italiano, quien acaba de declarar en el último congreso de su organización la "necesaria" continuación de Italia en la cúpula militar del bandidaje imperialista.

El Ejército Rojo y el Pacto de Varsovia

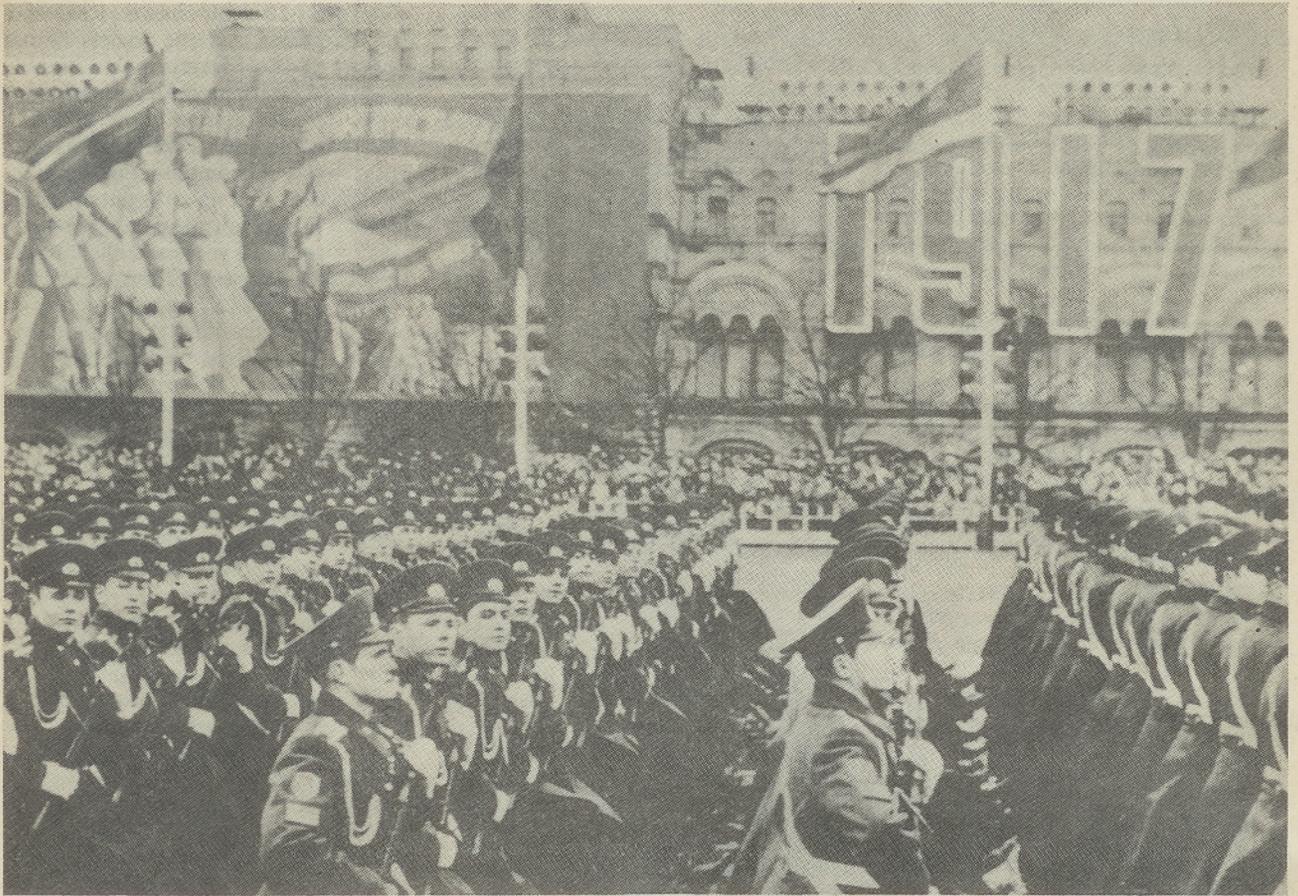
No creemos que la burocracia soviética tenga nada de progresivo: es

una casta privilegiada que actúa como correa de transmisión de la contrarrevolución, liderada por el imperialismo, en el seno del estado obrero y de la clase obrera internacional. Pero el estado obrero cuya dirección usurpa es una conquista histórica del proletariado y tiene un poderoso arsenal que, en manos de las masas revolucionarias, inclinaría la balanza de la historia claramente a favor de la revolución socialista internacional. Como parte fundamental del estado obrero degenerado, el Ejército Rojo es el encargado de utilizar ese arsenal, en consonancia con la política de la burocracia dirigente. A su vez, a través del Pacto de Varsovia, interviene o domina en los restantes ejércitos que lo integran, es decir, los de Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Alemania oriental, Rumania, Bulgaria, Mongolia y Cuba.

En los últimos 40 años, el Pacto de Varsovia —teóricamente una coalición militar defensiva frente al imperialismo— ha actuado contra los intereses del proletariado y la revolución socialista, tomando a su cargo, con las invasiones a Checoslovaquia y Hungría y el chantaje militar al proletariado polaco, el aplastamiento de los procesos de revolución política antiburocrática. Más aún, existe una situación de virtual ocupación de los estados obreros que integran el Pacto de Varsovia, los cuales viven bajo supervisión militar de la oficialidad rusa o con tropas de la URSS directamente estacionadas en sus territorios. Aparece así la cuestión de la autodeterminación nacional como un elemento adicional que se combina en el presente con la revolución política en dichos países. La disolución del Pacto de Varsovia y el retiro del Ejército Rojo de los países que lo integran parecerían, por lo tanto, consignas a integrar en el programa de la revolución política.

Sin embargo, sería un grave error asumir en forma absoluta tales consignas, poniendo un signo igual entre el Ejército Rojo y el Pacto de Varsovia, por un lado, y el ejército yanqui y la OTAN por el otro.

Cuando el ejército soviético ocupó Hungría y Checoslovaquia, amenazó Polonia o invadió Afganistán, nos opusimos tenazmente a esas operaciones contrarrevolucionarias. Cuando ese mismo ejército es amenazado de destrucción por bombas nucleares imperialistas, nosotros estamos por su defensa: tal es la dialéctica de la posición de los revolucionarios ante el papel del ejército soviético y sus acuerdos militares con



El Ejército Rojo. Junto a él, si lo ataca el imperialismo. Contra él, porque aplasta a los trabajadores.

Armamentismo

los restantes ejércitos que integran el Pacto de Varsovia.

La lucha contra la OTAN es en Europa una consigna contra el imperialismo yanqui y contra cada burguesía imperialista europea en particular. Tiene por ello un carácter absoluto, permanente. No ocurre lo mismo con las consignas relativas a la disolución del Pacto de Varsovia. Cuando la revolución política en marcha plantee nuevamente el problema de su naturaleza contrarrevolucionaria esencial, los socialistas revolucionarios responderemos de la manera que mejor garantice la profundización de la lucha por la democracia revolucionaria de la clase obrera, la independencia nacional de los países oprimidos por el chovinismo gran ruso de la burocracia soviética y la extensión de la revolución socialista.

Por regla general, suponemos que en el caso de revoluciones políticas en desarrollo, el movimiento obrero levantará las banderas de la independencia y autodeterminación

nacional contra la opresión política y militar de la burocracia de Moscú, lo que nos impondrá juzgar, en cada oportunidad concreta, si el Pacto de Varsovia constituye o no un obstáculo contrarrevolucionario adicional al del imperialismo, que damos por descontado. Pero siempre teniendo en cuenta que la defensa incondicional de la URSS, de su Ejército Rojo y, con él, del Pacto de Varsovia frente a la amenaza o a la agresión imperialista es un elemento fundamental e irrenunciable del programa de la revolución socialista internacional y, por ende, del de la revolución política. Programa que apunta a la liquidación de la burocracia y, con ella, de la casta de oficiales con sus grados, condecoraciones y privilegios insolentes.

La Federación de Estados Unidos Socialistas de Europa

El problema del Pacto de Varsovia, que se plantea objetivamente a partir del desarrollo de la revolución política, tiene que subsumirse

en un cuadro más completo y sujeto a la dinámica futura de los triunfos revolucionarios. El punto de partida será cómo resolver la cuestión de la política militar de una o varias revoluciones políticas triunfantes que, sin duda alguna, entrarían en contradicción con el sistema de alianzas heredado de la burocracia, al tiempo que plantearían la necesidad de un sistema de alianzas entre los estados obreros al servicio de la defensa frente al imperialismo y de la extensión de la revolución.

Pero la variante de perspectiva histórica por la que luchamos se plantea en un terreno aún más fecundo: la generalización de la revolución que, en Europa, combina la revolución "social" (expropiación de la burguesía) al oeste, con la revolución "política" (destrucción del estado burocrático) al este.

En la circunstancia en que la unidad inextricable de estos procesos permita el triunfo del proletariado revolucionario en uno o varios países a un lado y otro de las fronteras de los bloques militares actuales, se impondrá automáticamente la disolución de la OTAN y del Pacto de Var-

Armamentismo

sovia. En este último caso, al menos en lo que respecta a su función contrarrevolucionaria.

La Federación de todos los países europeos que derroten al imperialismo y a la burocracia, para concentrar sus recursos de todo tipo, incluyendo los militares, en favor de la defensa y extensión de la revolución socialista internacional, pareciera el nivel más estratégico en la vía hacia la Federación de Estados Unidos Socialistas de Europa.

Pero antes convendría pensar que sería legítimo, dada la naturaleza obrera de todos los estados del bloque oriental, que el gobierno de la revolución social o política triunfante en uno o varios países europeos plantee la necesidad de la Federación a los que estén aún bajo el control burocrático, para que éstos reciban el impacto de aquéllos. La consigna de la Federación de todos los estados obreros de Europa del este tiene un contenido internacionalista de primer orden para impulsar la adhesión de las masas en lucha contra las burocracias en crisis, que se negarían a plasmar tal Federación.

Desarme y revolución socialista

Cabe repetir que, en el sentido más estratégico somos programáticamente partidarios del desarme total y completo, que permita relaciones pacíficas y de cooperación entre todos los pueblos. Pero ello resultará sólo de la superación de las fronteras nacionales y de la sociedad de clases, con la paralela extinción del estado que, para cumplir con su función de "organismo de opresión de una clase por otra", necesita de las armas y del monopolio sobre ellas.

Para hacer posible el desarme total y completo, los socialistas revolucionarios estamos por el armamento del proletariado y de los estados obreros que surjan, así como por la defensa del armamento de los que ahora existen, a pesar de su conducción burocrática.

El estado obrero debe ser defendido contra el imperialismo y contra la burocracia que diariamente lo socava y debilita al combatir contra su única defensa efectiva: la revolución socialista internacional. El armamento que defendemos es o debe ser de y para la revolución. Para defender sus posiciones hasta tanto no se logre desarmar al imperialismo y para extenderla y garantizar su triunfo. La

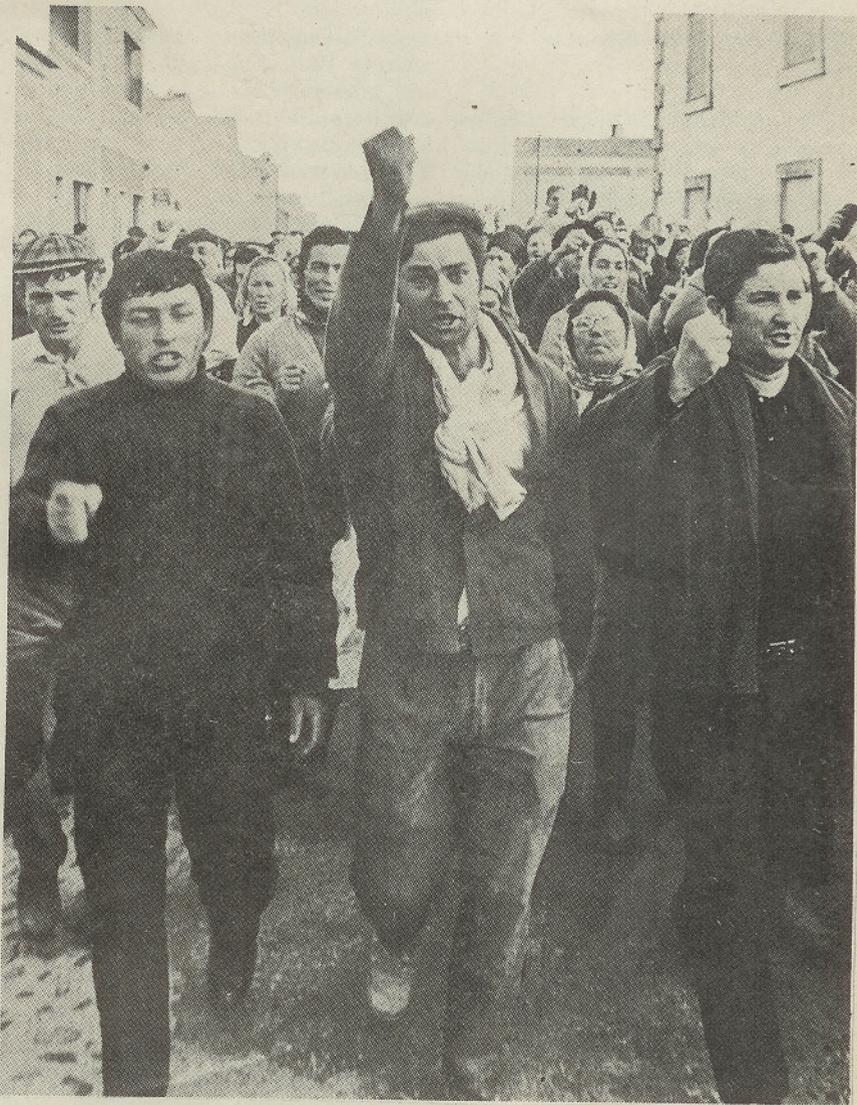
burocracia no pondrá al estado obrero y sus armas en función de la revolución socialista mundial, porque eso representaría su suicidio; el proletariado soviético sí, por cuanto es su única vía para preservar y desarrollar sus conquistas históricas.

Este planteo general programático sobre la cuestión del armamento y el desarme deberá adquirir una expresión concreta según el desarrollo real de la revolución mundial. Si se diera el caso de que el socialismo revolucionario asumiera el gobierno en un país imperialista con armamento nuclear o en la URSS, impulsaría de inmediato la movilización revolucionaria mundial proponiendo el desarme de su estado a cambio del desarme de las burguesías imperialistas. Llamaría así a las masas, por encima de las cabezas imperiales, a que, apoyadas en esta propuesta, impusieran el desarme

unilateral de sus burguesías imperialistas o la parálisis de su maquinaria bélica.

* * *

La marcha de la revolución mundial, por definición inédita en las especificidades y fenómenos políticos sociales y militares que la acompañarán, reservará no pocas contingencias en que procederán variantes más complejas que las retenidas en este análisis. Si partimos de la defensa incondicional del proletariado mundial y de la revolución socialista no cabe duda de que, independientemente de pronósticos o esquemas prefijados, habrá una y mil veces la posibilidad de dar las respuestas que basadas en la consecuencia con los principios del marxismo, garantizarán el triunfo definitivo de la República Universal de Trabajadores.



La única forma de desarmar a todos los países es el triunfo de la revolución socialista en el mundo entero.